

derías indicadas por sus chimeneas, y edificios particulares, algunos de los cuales comenzaron desde luego á incendiarse. (110) Las primeras víctimas fueron mujeres y niños. Los hospitales é iglesias se llenaban de heridos; algunos de los que había en Santo Domingo perecieron á la explosión de las bombas que atravesaron la bóveda; y los trasladados de allí á la iglesia de San Francisco y capilla del Tercer Orden, corrieron á poco igual suerte; repitiéndose esto el 24 en los hospitales de Balem y Loreto, y dándose caso de que un solo proyectil matara á diez y nueve personas, á consecuencia de lo cual, los heridos que conservaban algún vigor se levantaron y huyeron despavoridos por las calles.

Al amanecer el 23 se suspendió el fuego; pero á poco siguió con más vigor. Este día ya no hubo carne ni pan; y el rancho, de sólo frijol, se tomó hasta las diez de la noche, á la luz de las bombas y de los incendios. La parte inerme del vecindario se había ido agrupando del lado de la Caleta y se refugiaba en almacenes y zaguanes; pero muy luego los proyectiles caían en todos los puntos de la ciudad y no hubo ya en ella lugar seguro, permaneciendo las familias en constante vigilan-

(110) A juzgar por lo extractado de los partes norte-americanos, ni era tan activo el fuego de las baterías que mantuviera constantemente varias bombas en el aire, ni la puntería tan precisa que pudieran ser dirigidas á determinados edificios.

cia y sin alimento, después de haber perdido muchas de ellas sus casas y sin quedarles más bienes que la ropa que llevaban vestida. Este mismo día se unió al fuego de las baterías el de los buques situados frente á los Hornos y desalojados á poco por los cañones de Ulúa y del baluarte de Santiago. Aumentáronse los casos de incendio, inapagable en las fincas deshabitadas, en las que no era visible sino cuando había ya tomado incremento. En todo el repetido día mantuvo el enemigo de cuatro á seis bombas en el aire, (111) dirigiendo siempre una á San Agustín y las demás á San Francisco, Santo Domingo, residencia del general Morales y otros edificios. Parte del de Santo Domingo se había incendiado esa mañana.

El 24 la batería de marina establecida al Sur del baluarte de Santa Bárbara, rompió sobre él sus fuegos, empezando á desmantelarlo y á abrir brecha en la parte del muro unida á su semi-gola derecha. Otras piezas disparaban sobre el baluarte de Santa Gertrudis. Los ingenieros acudieron á cerrar la brecha con vigas y sacos de tierra, y la artillería de Santa Bárbara se retiró á retaguardia de la plaza del baluarte, que amenazaba desplomarse. El teniente de marina D. Sebastián Holzinger mandaba el citado punto, sin dejar de hacer fuego sino cuando le faltaban muni-

(111) "Tributo á la verdad," pág. 31. Repito aquí la observación hecha con referencia á los partes del enemigo.

ciones, que personalmente iba á recoger de los demás baluartes; y, cómo una bala enemiga rompiera la driza de la bandera del suyo, haciéndola caer desprendida, subióse al merlón para atarla de nuevo: una segunda bala arrancó el merlón y con él rodó Holzinger adentro del baluarte; pero se levantó el valeroso jefe y prendió la bandera en el asta, teniéndosela durante la operación—efectuada bajo una lluvia de balas—un jovencito de diez y seis años, entonces subteniente de la guardia nacional de Orizaba, y hoy general D. Francisco A. Velez. El referido baluarte de Santa Bárbara apagó varias veces los fuegos de la batería enemiga, desmontándole algunas piezas; y la conducta de Holzinger fué, pocos días después, elogiada por el vencedor. (112)

Entre diez y once de la mañana del mismo día 24, se interrumpió el fuego, y tres columnas enemigas con sus respectivas banderas, descendían de los médanos, moviéndose en dirección del Matadero. Creyóse inminente el asalto, y la plaza tocó alarma; pero las columnas se ocultaron á la vista, prosiguió el fuego, y continuaron los sitiadores trabajando en establecer nuevas baterías entre el Cementerio y los Hornos.

Ese día llegó á Veracruz D. José María Mata con las libranzas que remitió el gobernador

(112) Los oficiales de Scott preguntaban en Veracruz si el baluarte de Santa Bárbara había estado servido por artilleros extranjeros.

del Estado. El enemigo y la plaza se dirigían conetes á la Congreve, y en la segunda las víctimas fueron numerosas, contándose entre ellas el mayor de órdenes de la 1.ª línea, D. Félix Valdés, y algunos soldados del escuadrón de Veracruz. En la noche cayó una bomba en el laboratorio de pólvora que había en el baluarte de Santiago, é incendió tres quintales de ella y más de veinte bombas cargadas, que estallaron, haciendo volar el edificio y destrozando á todos los operarios, con excepción de un sargento. Otra bomba cayó en el repuesto del cuartel en que estaba el comandante militar, y al tenerse aviso de ello, Robles, que se hallaba allí á la sazón, penetró con sus ayudantes y algunos ingenieros y quitó y extrajo por sí mismo con serenidad todavía mayor que el peligro, las mechas incendiarias.

El 25 á las siete de la mañana, dos vapores y siete cañoneras se acoderaron detrás de los Hornos y empezaron á disparar sobre la plaza; pero ésta y Ulúa los desalojaron dos horas después, quedando muy maltratado uno de dichos vapores. (113) Multitud de balas y pro-

(113) Scott en sus despachos no menciona otros fuegos de la escuadra que los rótos en la tarde del 22 y que duraron hasta la mañana del 23. Probable es que en los despachos del comodoro Perry—de los cuales carezco—se dé noticia de las operaciones de los buques en los demás días del bombardeo.

veciles cayeron en la plazuela de la Caleta, la Pastora y el baluarte de San Juan. El Je Santa Bárbara y lienzos y bóvedas de varios cuarteles amenazaban derrumbarse. En el muelle y en casi toda la línea fortificada, y hasta en Ulúa, perecieron muchos artilleros y soldados del Activo de Oaxaca. Desde la puerta de la Merced hasta la Parroquia no había una sola casa ilesta, y estaban ya en ruinas en gran parte, impidiendo los escombros el tránsito: de la Parroquia hácia la Caleta aunque no en igual grado, habían sufrido también deterioro todos los edificios: no se podía caminar por las aceras, á causa de que se estaban desprendiendo los balcones; y en las noches no había alumbrado. Multitud de familias, cuyas habitaciones quedaron arruinadas por completo, seguían refugiadas en las bodegas de algunas casas de comercio; y el cónsul español, Escalante, había alojado en la suya á ancianos, mujeres y niños, proporcionándoles alimentos.

El 26 en la mañana continuó el fuego. Perdióse ya en la plaza toda esperanza de asalto, y los defensores seguían muriendo en sus puestos con la conciencia y el despecho de no poder inferir gran daño á sus contrarios, y con el dolor de presenciar la ruina, el hambre y hasta la pérdida de vidas en sus infelices familias. (114) Considerable número de heri-

(114) Un francés llamado Clairac, maestro de obras en el Ferrocarril, y á quien Robles empleaba en las fortificaciones, al ir de és-

dos, sin asistencia posible, en los hospitales, casas y calles; muertos insepultos entre las ruinas de los edificios y al lado de los valientes que seguían exponiendo sus vidas; el incendio á un tiempo en gran número de lugares; la falta de alimentos para soldados y paisanos; el llanto de los huérfanos, madres y viudas, y la explosión incesante de las bombas; por último, la brecha abierta en la muralla y de que el enemigo parecía intentar no aprovecharse, sino cuando hubiera acabado á la guarnición, habían hécho á los principales jefes—con excepción de Robles, que no fué llamado á las primeras juntas—discutir y admitir lo inútil de la prolongación de la defensa, y resolverse á abrir pláticas para saber las condiciones del vencedor. Al conocerlas y figurase que trataba de humillar á los mismos á quienes calificaba de valientes, se había adoptado la resolución de romper, en unión de las tropas de Ulúa, la línea enemiga; pero un furioso norte equinoccial, desatando sus ráfagas y levantando hasta el cielo las olas, asoció la cólera de la naturaleza á la ira y matanza de los hombres, haciendo imposible la concentración de las fuerzas del castillo en la plaza y hasta la simple comunicación entre uno y otra.

Scott, al imponer sus condiciones preliminares, en la tarde del 26, suspendió el fuego

tas á su casa, encontró muertos de bomba á su esposa y á sus hijos y perdió el juicio durante algún tiempo.

de sus baterías, aumentadas ya con número considerable de piezas, para continuarle á las seis de la mañana del 27, si tales condiciones no eran aceptadas. Esa misma tarde, con permiso de la autoridad militar, una comisión de extranjeros, bajo la protección de la bandera francesa, salió á pedir amparo á los buques de guerra de sus naciones respectivas anclados en Sacrificios; sin haber logrado su objeto, porque se lo impidió la escuadra norte-americana, y hasta se dice que el comodoro amenazó con mandar hacer fuego sobre los comisionados. Se oyeron detonaciones de fusilería del lado de los médanos, y por un momento se creyó en la llegada de auxilios. En la noche se volvió á hablar de la conveniencia y posibilidad de una salida rompiendo la línea enemiga, y la mayor parte de los guardias nacionales optaban por ella, no obstante el temor de dejar comprometidas á sus familias. En la tropa permanente aparecían ya síntomas de desmoralización. Los guardias nacionales de Orizaba, los granaderos de Oaxaca y muchos oficiales de la guardia nacional de Veracruz, se pronunciaban abiertamente por la salida, aun sin contar con las tropas del castillo. El comandante militar Morales consiguió calmar los ánimos; proclamó la unión en espera de los acontecimientos; celebró á media noche, el 26, una junta de guerra, é hizo en ella dimisión del mando, de que se encargó inmediatamente su segundo el general D. José Juan Landero; trasladándose más tarde Morales á Ulúa, en unión del

mayor de la guardia nacional de Veracruz, D. Manuel Gutiérrez Zamora.

Antes de amanecer el 27, los cónsules extranjeros, de acuerdo con las autoridades de la plaza y acompañados del alcalde 2o., se dirigieron al campamento norte-americano, otra vez en solicitud de que se permitiera la salida á neutrales, ancianos, mujeres y niños; pero Scott, sin darles audiencia, les hizo saber que á nadie dejaría salir mientras no se rindiese la plaza. (115) Al amanecer el citado día, casi toda la parte femenina de la población, multitud de niños y algunos extranjeros, se agrupaban frente á las casas de los cónsules español y francés, aguardando la oportunidad de salir bajo su amparo. A eso de las nueve de la mañana, aunque no se había roto de nuevo el fuego y continuaban las negociaciones de capitulación, se desconfiaba del resultado de ellas, se temían los efectos de la diversidad de pareceres y resoluciones de los individuos de la guarnición, y la ansiedad y el terror crecían en las familias, que vagaban por las calles cargando sus envoltorios de ropa y buscando salida. Algunas se embarcaron en lanchas con la mira de refugiarse en los buques de guerra neutrales; pero la escuadra las hizo retroceder á la playa. Momentos hubo en que la autoridad civil estuvo tentada de ponerse á la cabeza de la pobla-

(115) En los partes de Scott no hallo mención alguna de este nuevo paso de los cónsules.

ción inermes, y salir con ella á servir de blanco á los tiros del enemigo.

Las publicaciones contemporáneas expresan la hondísima indignación que la resistencia de Scott y del comodoro Perry á dejar salir de la ciudad á los neutrales é inermes, posteriormente al principio de las hostilidades, causó en aquel vecindario. En todo el país se calificó por entonces de bárbara tal conducta, y aun parte de la prensa de los mismos Estados Unidos la criticó más ó menos severamente. Vistas las cosas muchos años después, á la luz de la razón y de la lógica, parece natural que la parte inermes de la población que por imposibilidad de emigrar á tiempo, afrontó de pronto los horrores del bombardeo, tratara de librarse de ellos cuando había empezado á experimentarlos; y el comportamiento de los cónsules extranjeros mereció bien de Veracruz y de la humanidad. Pero, á su turno, Scott y Perry, sin comprometer su responsabilidad militar, no pudieron obrar de diverso modo. El primero de estos jefes, en sus notas á los cónsules y al comandante militar, anunció el bombardeo y el asalto y las consecuencias probables y terribles de uno y de otro para la población inermes, dejándole salida hasta el momento de comenzar sus propias operaciones: más tarde, sus deberes de humanidad, antes que á apiadarse del vecindario de Veracruz, le obligaban á economizar la sangre y las fatigas de sus propios soldados. Tales son las reglas y los efectos de la guerra, cruel y atroz en sí misma, y que en

el caso de que se trata no reconocía otro origen que la ambición de nuestros vecinos.

En la madrugada del 27 de Marzo se calculaba en 1,000 el número de muertos y heridos en la plaza, y en una cantidad de cuatro á cinco millones de pesos la pérdida material de edificios y mercancías á la acción de más de 16,000 balas y proyectiles lanzados por el invasor en cinco días de fuego. Según el parte oficial del general Landero, los muertos de la clase de tropa llegarían á 350 y los de la población inermes á 400, pasando de 200 los heridos y debiendo ser incompletos estos guarismos por haber muchos cadáveres bajo los escombros. La existencia de pólvora en la plaza quedaba agotada, y había sido preciso traer una parte de la de Ulúa. Del 10 al 26 inclusive había lanzado Veracruz al campo norte-americano, según noticia oficial, 6,267 balas de hierro de los calibres de á 8, 12, 16, 22 1/2 y 24, y 2,219 bombas y granadas, de 14 y de 9 pulgadas las primeras, y de 8 y 5 3/4 y para cañones de á 22 1/2 las segundas. El enemigo, según los datos insertos en el "Tributo á la Verdad," había lanzado sobre la plaza desde las baterías del ejército 3,000 bombas de 10 pulgadas, (116) 200 granadas de 8, y 500 balas de á 25 libras; desde la batería de marina 1,000 granadas de á 68 libras, 800 balas de á 32 y 200 balas huecas; y desde sus buques 1,000 balas huecas y

(116) Las medidas en los datos mexicanos son castellanas; é inglesas, naturalmente, en los datos del enemigo.

sólidas: ó sea en junto 6,700 proyectiles y balas, pesando 463,600 libras.

Viniendo á los preliminares de la capitulación, repetiré, por principio de ellos, que al recibir los cónsules extranjeros la respuesta negativa de Scott, fecha 25 de Marzo, á su solicitud en favor de neutrales é inermes, dirigieron copia de aquella al jefe de la plaza, pidiéndole que él mismo procurara la tregua necesaria para la salida de unos y otros; lo cual implicaba la apertura de negociaciones para la rendición de Veracruz, dado que el jefe enemigo había protestado no suspender las hostilidades sin la propuesta formal de tal rendición. Esto y el tristísimo estado de la ciudad y de su guarnición, de que he procurado dar idea, motivaron que el comandante militar, general Morales, dirigiera á Scott el 26 una comunicación que, por enfermedad del expresado Morales, firmaba su segundo el general D. José Juan Landero, acompañándole el último ocurso de los cónsules é invitándole á entrar en un arreglo honroso con la guarnición, y á que nombrara para ello tres comisionados que en algún punto intermedio pudieran reunirse con los de la plaza á tratar de dicho arreglo. Como al recibirse en el "Campo de Washington" la propuesta de Morales lo terrible del norte impedía comunicarse con la escuadra, se decidió Scott á tratar por sí solo, sin consultar al comodoro Perry; mandó cesar los fuegos de sus baterías, y nombró en la tarde del mismo 26 de Marzo comisionados suyos á los generales Worth y Pillow y al jefe de in-

genieros coronel Totten. El 28, después de arregladas las bases de la capitulación, Perry envió á tierra á su segundo Aulick, y entonces dispuso Scott asociarle, en representación de la escuadra, con los demás comisionados suyos. Los de la plaza fueron los coroneles D. José Gutiérrez Villanueva y D. Pedro Miguel de Herrera y el teniente coronel de ingenieros D. Manuel Robles; quienes llevaron de intérprete el joven D. Joaquín de Castillo y Cos. Las entrevistas tuvieron lugar en el Puente ó Punta de los Hornos.

XVI

CAPITULACION DE VERACRUZ.

Causas de la capitulación.—Junta de guerra.—Propuestas de nuestros comisionados.—Resoluciones de Scott.—Texto de la capitulación.—Ocupa la plaza el enemigo.—Reflecciones y algunas otras noticias.

Desde antes que el enemigo desembarcara en las playas de Veracruz comenzaron á emigrar las familias, refugiándose en pueblos y rancherías, á más ó menos distancia de la plaza, las que no tenían los recursos necesarios para venir hasta Orizaba ó Jalapa. La última de estas ciudades, más en contacto entonces con el puerto, rebosaba en población á causa de la afluencia de tales familias; y como la mayor parte de ellas había dejado á sus varo-